

La novela: una forma para entender la vida urbana

Padura, L. (2024). *Ir a la Habana*. Tusquets.

Equipo Editorial

En las novelas, los personajes y las tramas que en ellas se presentan suelen ser los centros de atención e interés, iluminadas con escenarios de los espacios geográficos narrados y que atraviesan de diferentes maneras la vida de los protagonistas. Así, los espacios en donde suceden los acontecimientos permiten recrear, aprender y reconocer diversas características y atributos de las geografías noveladas.

Desde esta perspectiva, Leonardo Padura, en *Ir a la Habana*, provoca a los lectores al colocar como gran protagonista y personaje central a la ciudad; para ello recorre cada uno de los barrios en los que el autor, desde la autobiografía y la articulación entre las vivencias, los cambios sociales, políticos y culturales que el país, pero particularmente la ciudad que ha vivido, devela una evocación y a la par una radiografía de la ciudad que muestra la ciudad actual, pero a la vez, retoma la ciudad desde su pasado, sus recuerdos, su majestuosidad, sus tensiones, sus esperanzas y sus avatares; esta narración se aproxima a las denominadas “geografías de la vida cotidiana”.

Cobijado con la intención de narrar a la ciudad, el autor combina magistralmente fragmentos de varias de sus obras anteriores de modo que se muestra un tejido que nos brinda la posibilidad de reconocer la vida cotidiana de las personas en La Habana, los sueños, los temores, las alegrías, los logros, las incertidumbres y los fracasos en medio de una compleja, interesante y polémica apuesta social y política que considera la consolidación de la ciudad, los aires previos a la revolución, los años de cambios en el marco de la misma, los sucesos pos-

teriores a la misma, los efectos del bloqueo impuesto por Estados Unidos a la isla, las aperturas y las transiciones que se dieron bajo el gobierno de Barack Obama en relación con Cuba, pero también el retorno a los bloqueos luego de esa administración.

En este contexto geopolítico se gestaron esperanzas en la isla, para tener que afrontar como todo el mundo, en el año 2020, la pandemia Covid-19. Luego el país que emerge tras la pandemia bajo el retorno a la incertidumbre con el cambio de gobierno en Estados Unidos que aboca nuevamente a un país al desafío, la continuidad o la posibilidad. De esta manera, tiempo, espacio, sociedad, cultura y contexto geopolítico en la escala local, nacional y mundial se entretajan para develarnos el día a día de personas situadas en La Habana.

La obra se organiza en tres partes. La primera, denominada *Cómo llegué de Mantilla a La Habana*, está compuesta por veinte capítulos en donde se muestra la vida del autor desde sus años de infancia y juventud, para dar paso a una vida adulta y profesional en el marco de la sociedad cubana previa y posterior a la Revolución Cubana. Esta parte es también la develación de las articulaciones entre barrio de la periferia – caso Mantilla en esta ocasión – en relación con el centro histórico y el imaginario de la ciudad – La Habana – en el contexto de la novela. Como expresa Padura en esta novela,

[...] Este libro es el canto de amor a la ciudad en la que nací y vivo, escribo y padezco, el sitio del mundo al que pertenezco, como una bendición o

una fatalidad inapelables: como el agua que en esta isla nos rodea por todas partes...[...] la pertenencia habanera ha sido un proceso en movimiento que, como un péndulo, ha pasado del descubrimiento a la asimilación, del deslumbramiento al rechazo, del amor a momentos de aversión, de la complicidad de la cercanía a ese estado de extrañamiento cuando se produce el choque entre lo deseado y lo realmente encontrado (Padura, 2024, p. 9).

Así, en esta primera parte, la trama se cohesionan a modo de meta texto con personajes diversos de otras novelas del mismo autor relacionadas en la ciudad de La Habana. La evocación y la imaginación orquestan interesantes descripciones de los espacios geográficos mediante los cuales se puede acceder a una forma para reconocer esta vida urbana marcada tajantemente por los cambios políticos y sociales instaurados en el país.

La segunda parte, denominada La ciudad, memoria de algunos barrios y de algunos personajes, está conformada por once capítulos en los cuales la autobiografía es la expresión máxima. No es fácil auscultar la vida personal de cara a lo que son tanto los proyectos personales como el desarrollo de las personas inmersas en contextos socioculturales, pero en cada uno de los pasajes que iluminan esta parte es posible recrearse en la ciudad y en novelistas relevantes como Alejo Carpentier, en tanto nos recuerda, con base en la narración alcanzada, que su estilo incorporó varias dimensiones en las que la imaginación recrea a la realidad, dando paso a lo que se suele denominar como una maravillosa descripción novelada.

[...] Alguna vez he dicho que el Malecón de La Habana es el parque público más largo del mundo. Y es que, en toda la extensión de sus varios kilómetros de recorrido, este parapeto de hormigón, que va bordeando el mar desde el interior de la bahía de La Habana, en el este, hasta la desembocadura del río

Almendreres, en el oeste de la ciudad, cada noche se convierte en el punto de reunión más concurrido de la isla, el sitio al que parecen concurrir todos los caminos (Padura, 2024, p. 191).

En la tercera parte el autor presenta a modo de epílogo una reflexión sustentada en las transformaciones y etapas que suelen acompañar a las ciudades y a la vida urbana en sí misma, articuladas con los cambios de La Habana. Para ello construye la denominación ajenuidad, que en palabras de Padura es “[...] cuando lo propio comienza a resultarnos extraño” (2024, p.322). La denominación cambio urbano invita al lector a reflexionar no solo en esta ciudad, sino en la ciudad que cada uno habita o ha habitado, en las transformaciones, en los recuerdos que viven en la mente de sus moradores, en los registros fotográficos que poseen las personas o que se exponen en galerías, museos y exposiciones, en las narraciones familiares y de amigos que suelen recordar cómo ha pasado su vida en los espacios en los que han vivido.

Acompaña a esta novela autobiográfica, tanto en la parte inicial como en la final, una valiosa serie de fotografías que capturan cotidianidades de los moradores habaneros. Los espacios, las prácticas, los rostros y las manifestaciones presentes por medio de las imágenes que captura un lente complementan sustancialmente las disertaciones expuestas por el autor y nos recuerdan justamente que la imagen, en este caso, desde la fotografía, es un valioso insumo para comprender lo espacial, lo social y lo temporal.

Este pequeño apartado de Ir a La Habana se convierte en una profunda invitación para valorar desde la política pública y la acción ciudadana el sentido, el significado y la conservación de la ciudad como expresión de la vida humana. Por lo mismo y desde los intereses de estudio socioespaciales es posible sostener que sin duda Padura logra una novela exquisita que invita a navegar una forma intensa, compleja y estremecedora para entender la vida urbana.